

Homilía de Vigésimo octavo Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres... y luego sígueme”

Introducción

El que los diálogos deban siempre ser estimados en mucho no nos impide reconocer que, en determinadas ocasiones, no conducen a encuentros, sino que, muy al contrario, ponen en evidencia la distancia existente entre unas y otras posiciones. No es extraño que suceda precisamente eso cuando uno de los interlocutores es Jesús, cuya palabra, por ser de Dios, “es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo” (Hb 4,12); nada dada, por lo tanto, a contemporizar, es decir, “a acomodarse al gusto o dictamen ajeno por algún respeto o fin particular” (RAE). El fin de Jesús es general -el Reino de Dios- y de ningún modo está dispuesto a acomodarse a dictámenes ajenos, tampoco a los de los ricos.



Fray Javier Martínez Real
San Gerónimo - Rep. Dominicana

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Libro de la Sabiduría 7, 7-11

Supliqué y me fue dada la prudencia, invoqué y vino a mí el espíritu de sabiduría. La preferí a cetos y tronos y a su lado en nada tuve la riqueza. No la equiparé a la piedra más preciosa, porque todo el oro ante ella es un poco de arena y junto a ella la plata es como el barro. La quise más que a la salud y la belleza y la preferí a la misma luz, porque su resplandor no tiene ocaso. Con ella me vinieron todos los bienes juntos, tiene en sus manos riquezas incontables.

Salmo

Sal. 89, 12-13. 14-15. 16-17 R./ Sácianos de tu misericordia, Señor, y estaremos alegres

Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos. R/. Por la mañana sácianos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo. Danos alegría, por los días en que nos afligiste, por los años en que sufrimos desdichas. R/. Que tus siervos vean tu acción, y sus hijos tu gloria. Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos. Sí, haga prósperas las obras de nuestras manos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la carta a los Hebreos 4, 12-13

Hermanos: La palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo; penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos; juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se le oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 10, 17-30

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló ante él y le preguntó: «Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?». Jesús le contestó: «¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre». Él replicó: «Maestro, todo eso lo he cumplido desde mi juventud». Jesús se quedó mirándolo, lo amó y le dijo: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme». A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: «¡Qué difícil les será entrar en el reino de Dios a los que tienen riquezas!». Los discípulos quedaron sorprendidos de estas palabras. Pero Jesús añadió: «Hijos, ¡qué difícil es entrar en el reino de Dios! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios». Ellos se espantaron y comentaban: «Entonces, ¿quién puede salvarse?». Jesús se les quedó mirando y les dijo: «Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo». Pedro se puso a decirle: «Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido». Jesús dijo: «En verdad os digo que no hay nadie que haya dejado casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, que no reciba ahora, en este tiempo, cien veces más —casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras, con persecuciones— y en la edad futura, vida eterna».

Pautas para la homilía

Una conversación sincera y cercana.

El evangelista Marcos nos ofrece hoy uno de esos relatos que resultan extraordinariamente directos y luminosos. Se trata, fundamentalmente, de la narración de un diálogo entre Jesús y una persona a quien nosotros solemos llamar el joven rico. En realidad, Marcos no especifica la edad, y tampoco lo hace Lucas. Es únicamente Mateo quien afirma que se trataba de un joven, pero no es esto lo que nos importa. De lo que no cabe duda es de que era rico, incluso “muy rico”. Y esto sí nos importa porque ahí se ubica el centro y quicio del pasaje.

No nos encontramos en una de esas frecuentes ocasiones en que alguien pretende maliciosamente poner a prueba a Jesús. La conversación entre éste y el joven rico, por más que termine de forma triste, transcurre en un tono sincero. Para empezar, el joven se acerca a Jesús con toda reverencia, tratándole de “maestro bueno”. Éste le invita a que deje un poco de lado tanta reverencia -“¿por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios”-, seguramente porque reverenciar crea distancia y Jesús es hombre de cercanías. El joven acepta la invitación y, en adelante, ya sólo le llamará maestro.

El Reino de Dios: la prioridad de los hermanos y la solidaridad con los pobres

Lo que el rico quiere saber es qué tiene que hacer para heredar la vida eterna, es decir, para estar en sintonía con el proyecto de Dios y, por lo tanto, en comunión con Él. Jesús le responde que ha de cumplir los mandamientos, pero vale la pena que caigamos en la cuenta de algo muy importante: los mandamientos que Jesús cita no son los que se refieren a Dios (por ejemplo, santificarás el sábado o no tomarás en falso el nombre de Dios), sino únicamente los que guardan relación con los demás: “No matarás, no comentarás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre”. De ahí podemos y debemos obtener una primera enseñanza: para estar en comunión con Dios es prioritario el comportamiento justo y bueno con los demás.

El joven añade que todo eso, cumplir los mandamientos, es algo que no sólo ya hace, sino que siempre ha hecho. Debíó tratarse de una respuesta honesta porque Jesús -dice San Marcos- “se le quedó mirando con cariño”. Es, sin embargo, justamente ahora, en este momento de afecto, cuando comienzan los problemas porque Jesús replica: “Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres... y luego sígueme”. Se trata de una clara invitación al seguimiento, es decir, a incorporarse al grupo de los discípulos, pero él se puso triste y se marchó. Su riqueza le incapacita para seguir a Jesús; le impide la comunión con Dios, una sabiduría que él había buscado, quizás con sinceridad, pero no la suficiente como para “preferirla a los cetos y a los tronos” (Sb 7,8). El obstáculo viene dado por su riqueza, de eso no cabe duda: se marchó -explica el evangelista- porque era muy rico y el propio Jesús comenta: “Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios”.

La riqueza: el reino de la explotación y del poder.

Vale preguntarse qué es lo que tiene el dinero para constituir un obstáculo para la comunión con Dios, para el Reino de Dios. El dinero en sí mismo no es malo, por la sencilla razón de que todos necesitamos una cierta cantidad de bienes para poder vivir (sólo quienes anden muy sobrados podrán pretender, tramosamente, lo contrario). No tenemos ninguna buena razón para despreciarlo. El problema no es el dinero. El problema es la acumulación de dinero, la desigual distribución del mismo, la riqueza. ¿Y por qué la riqueza es contraria al Reino de Dios? Porque el Dios de ese Reino es el Padre de todos. Dios reina allí donde se vive en fraternidad. La riqueza, en cambio, es el reino de la explotación y del poder.

Es el reino de la explotación porque casi nunca procede del trabajo honrado, sino casi siempre del fraude, de la injusticia, del abuso. El reverso del enriquecimiento de unos pocos suele ser el empobrecimiento de muchos. Con razón ha escrito Benedicto XVI en su reciente encíclica social que “los pobres son en muchos casos el resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano, bien porque se limitan sus posibilidades (desocupación, subocupación), bien porque se devalúan «los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y de su familia» (Laborem exercens, 8)” (Caritas in veritate, 63).

La riqueza es el reino del poder porque casi siempre es utilizada para imponerse sobre los demás y para hacer valer los intereses propios sobre los derechos ajenos. Por eso la riqueza es opuesta a un Reino que, siendo del Dios Padre de todos, lo es también de la fraternidad.

No dejarse embelesar.

Es poco probable que entre los lectores de estas líneas y los destinatarios de sus homilías se encuentre algún rico. Podríamos pensar, en ese sentido, que el evangelio de hoy no representa para nosotros ninguna interpelación.

Mucho me temo, sin embargo, que, si pensamos las cosas una segunda vez, fácilmente podremos caer en la cuenta de que, con alguna frecuencia, unos y otros hacemos el juego a los ricos, por ejemplo dejándonos obnubilar de tal manera por su poder que perdemos el sentido de nuestra propia dignidad, hasta el punto de renunciar a la defensa de nuestros derechos en la expectativa -me niego a llamarla esperanza- de obtener algunas de las migajas que caen de las mesas de los señores. A veces nos dejamos deslumbrar de tal manera por sus brillos que somos los primeros en reconocerles alguna forma de privilegio, con lo que acabamos por traicionarnos a nosotros mismos y al evangelio.

Jesús, en cambio, era siempre el mismo y él mismo, ajeno a acomodos motivados por fines particulares. Nunca se dejó embelesar por el poder de un rico ni le trató de forma privilegiada. Nunca ignoró la dignidad de un pobre ni le trató de forma despectiva. ¿Sabremos nosotros respetar siempre, también ante un rico, nuestra propia dignidad personal y la de nuestros hermanos?



Fray Javier Martínez Real
San Gerónimo - Rep. Dominicana



El joven rico

Marcos 10, 17-30

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: - Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le contestó: - ¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno más que Dios. Ya sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre. El replicó: - Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño. Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: - Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres - así tendrás un tesoro en el cielo-, y luego sígueme. A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: - ¡Qué difícil va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios! Los discípulos se extrañaron de estas palabras. Jesús añadió: - Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios. Ellos se espantaron y comentaban: - Entonces, ¿quién puede salvarse? Jesús se les quedó mirando y les dijo: - Es imposible para los hombre, no para Dios. Dios lo puede todo.

Explicación

Para vivir con dignidad basta con hacer el bien y evitar el mal, es decir, ser personas justas. Pero para ser amigo de Jesús, además, hay que renunciar a toda ambición que nos lleva a acumular propiedades y riquezas dando la espalda a tantas personas que necesitan de nuestro compartir. Algo de todo esto le dice Jesús a un rico que se le acercó y quiso saber qué podía hacer para ser feliz.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: En aquel tiempo, Jesús estaba a punto de partir cuando un joven corrió a su encuentro, se arrodilló delante de él y le preguntó:

JOVEN: Maestro bueno, ¿qué tengo que hacer para ganar la vida eterna?

NARRADOR: Jesús le respondió:

JESÚS: ¿Por qué me llamas bueno? Uno solo es bueno, y ése es Dios. Ya conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, ni dirás cosas falsas de tu hermano, no seas injusto, honra a tu padre y a tu madre".

NARRADOR: El joven le contestó:

JOVEN: Maestro, todo esto lo he cumplido desde pequeño.

NARRADOR: Jesús lo miró, sintió cariño por él y le dijo:

JESÚS: Sólo te falta una cosa: anda, vende todo lo que tienes, dale el dinero a los pobres y así tendrás un tesoro en el cielo, y luego, ven y sígueme.

NARRADOR: Cuando el joven oyó estas palabras, arrugó la frente y se fue muy triste, porque era muy rico. Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos:

JESÚS: ¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!

NARRADOR: Los discípulos se extrañaron al oír estas palabras.

DISCÍPULOS: ¿Qué pretende decirnos el Maestro? No hay quien lo entienda.

NARRADOR: Pero Jesús insistió:

JESÚS: Hijos míos, ¡qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Es más fácil para un camello pasar por el ojo de la aguja, que para un rico entrar en el Reino de Dios.

NARRADOR: Ellos se asombraron más todavía y comentaban:

DISCÍPULOS: Entonces, Maestro ¿quién puede salvarse?

NARRADOR: Jesús se les quedó mirando fijamente y les dijo:

JESÚS: Para los hombres es imposible, pero no para Dios, porque para Dios todo es posible.

NARRADOR: Pedro se le acercó y le dijo:

PEDRO: Señor, ya sabe que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.

NARRADOR: Jesús le contestó:

JESÚS: Os aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora cien veces más, y después la vida eterna.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández